

De colecciones, de coleccionar, recoleccionar, de traer al papel mi idea de las colecciones, qué colección, cuál, la de los museos y galerías, la colección de arte o la mía o la del otro, o la colectiva, o la pública o la marginada, o la privada o la secreta o la que no existe pero está.

Todo es coleccionable, todo de hecho parece formar parte de una colección, de una red infinita de repeticiones y quizás coleccionar calendarios, libros de un tema específico, anillos de tabaco, cajitas de rolling, piedras u hojas disecadas u obras de arte, sea finalmente lo mismo.

Es la acción de coleccionar, de establecer una serie, de tramar una relación afectiva pasional o interesada con el objeto lo que verdaderamente habría que mirar. Hay en principio un caer en la seducción del objeto, un deseo de poseerlo, un proceso de adquisición, un sentir a fondo su valor, hay en el acto de apartar un objeto del resto, la voluntad de diferenciarlo, de guardarlo para sí, de hacerlo perdurable.

Esta relación continúa en el acto de etiquetarlo, organizarlo, estudiarlo, buscar otros objetos que permitan la repetición, la suma que haga posible establecer diferencias dentro de la serie. Por último esta serie de objetos pide ser mostrada abrir la relación coleccionista-objeto coleccionado y espectador para cerrar así este circuito de la pasión por el objeto. ¿Es diferente esta relación cuando se trata de las colecciones o galerías? Conocemos bien de la pasión por la colección que poseen, de la ética para adquirir, del afán de orden y cuidado, de la necesidad de conocerla e investigarla y de las estrategias para divulgarla, del proceso de documentación que permite tenerla, moverla y reubicarla sin tocarla. El objeto coleccionado adquiere así dos dimensiones, el objeto y la documentación del objeto, esto lo hace diferente al objeto acumulado. Es posible acumular latas de cerveza o enciclopedias, pero colec-

cionar implica escoger, reunir seleccionando. Todos acumulamos de todo y es la acumulación más bien que la colección lo que pareciera signar esta época, montañas de cuadernos, de zapatillas de ballet, de ropa vieja, de bibelots, de discos, de zarcillos, la acumulación de papeles, la acumulación de lo inimaginable, los objetos acumulados son una proyección nuestra que rebasa lo afectivo, nadie escapa a esto ni aún la más compacta actitud minimal. Sin embargo, la acumulación puede conducir a la colección, y entramos en otro momento del acto de coleccionar el encuentro con el objeto. Adquirir el objeto, obtenerlo regalado, encontrarlo, sustraerlo, en fin, una diversidad de situaciones pueden definir el inicio de una colección.

El comienzo de un interés, el comienzo de la pasión por el objeto y es posible encontrar que la acumulación de latas de cerveza se convierta en una colección con un principio cronológico de orden, con una organización fundada en el diseño, en la antigüedad o en otro criterio, documentarse y documentar hará posible el club de coleccionistas de latas de cerveza o de tarjetas telefónicas.

Las colecciones pueden iniciarse porque recuerdan ese día o esa noche en que sucedió esto o aquello, un particular "sentimentalismo" puede hacer que se guarde la primera rueda de papel secante para vasos, o el primer vaso con el escudo de un país, guardarlo es una manera de hacer material el momento deseado inolvidable. Podemos imaginar el dibujo comprado para ayudar un artista o el cuadro que no se vendió y se quedó allí entablando una comunicación suscitando el ansia de tener otro. Se produce una obsesión por el objeto, de una adicción como lo llama Peggy Guggenheim a quien imaginamos revisando los establecimientos de marchands d'art o haciéndose el propósito de comprar un cuadro por día. Claro que no es lo mismo coleccionar cajas de fósforos usadas, que sin usar y no es lo mismo coleccionar cajas de fósforos sin usar que objetos de

arte. El objeto coleccionado tiene y da un status, pero sea cual sea el objeto, es la necesidad de mostrar, y de mostrarse, de establecer comunicación con el otro lo que parece ser igual. La colección tiene un final, una pieza de cierre de la serie, la pieza que falta para redondear un discurso que podría ser inacabable como el discurso sobre sí mismo.

Todo esto para volver a preguntarme si realmente todo es coleccionable. ¿Podrían coleccionarse las acciones? ¿Podemos imaginar a alguien comprando una acción para sumarla a su colección de privadas acciones? Hablar de una colección de acciones, equivaldría a fijar la acción repitiéndola exactamente, algo así como la famosa puesta en escena de la cantante calva de Ionesco que se repite exactamente desde el primer día que se estrenó, cada noche, año tras año, nada más absurdo. Armar una serie de acciones repetibles es crear un repertorio, guardar una acción para responder a tal o cual invitación sería transformarla en una pieza y acercarla al teatro o a la danza. ¿Cómo coleccionar un momento de vida, único e irrepetible, cómo volver atrás sin sublimar lo sucedido, sin variar, sin agrandarlo o achicarlo, sin enriquecerlo o empobrecerlo? Es inimaginable repetir la acción cada vez que el desafortunado comprador de la acción lo desee, inimaginable ver performers autómatas esperando el momento de ser accionados y en este caso no sería la acción lo coleccionable, sino el performer. Esto generaría otra gama de colecciones que partirían del sujeto coleccionado, coleccionar performers sería una puesta en abismo de la colección pues formarían parte de la colección, las colecciones del performer, su colección de discos, o de libros de asuntos esotéricos, o su colección de lapiceros. No, no podemos imaginar diez performers como parte de la colección del MOMA, adquiridos y conservados hasta la muerte.

Y en este juego nos damos cuenta de pronto, que coleccionamos, artistas, estrellas de cine, escritores, y en abismos sus objetos, los vestidos de Marilyn, los lentes de la Guggenheim y los reproducimos para que otros además del museo puedan coleccionar colecciones. La

reproducción permite que esa colección que no poseemos pero a la cual podemos acceder, se convierta en una posesión. Es posible coleccionar obras reproducidas en postales, o litografías, gadgets, catálogos, y todo lo que compramos en las tiendas de los museos, hasta el punto en que esta posibilidad ha hecho más atrayente la visita a los museos y galerías.

En fin, no coleccionamos acciones pero si los objetos utilizados en las acciones, el bastón, la capa de fieltro, los periódicos, el escenario mismo del encuentro de Beuys con el Coyote, forman parte de la colección del DIA CENTER FOR THE ARTS de Nueva York. Coleccionamos también los registros de las acciones, accedemos a la acción registrada en video, podemos seguir la pista a Beuys y a todos los que conocemos a través de una colección de imágenes seleccionadas, editadas. La colección necesita mostrarse y para ello se hacen vitrinas, aparadores, se instalan monitores y una serie de otros objetos que la soportan. El objeto detenido, la cosa ahí, ¿Cómo entenderla? ¿Cómo leerla? ¿Cómo documentar esa pieza documento? Los adaptables de Franz West, los aparatos de Rebeca Horn, la caja del cachicamo de las acciones de Diego Barboza, la pierna de metal realizada por Suzarina para la chica protésica de dándate, ¿cómo nos hablan? Son por su elaboración y por su forma unos objetos plásticos de valor autónomo. Sin embargo, este aislamiento, esta valoración del objeto niega la relación instrumental, cuerpo en que se funda su realización. Se trata de instrumentos, se utilizan para... dentro de la acción, al dejar de ser instrumentos, al pasar a ser objeto de colección, al dejar de funcionar deviene un jeroglífico antiguo encerrado en sí mismo.

¿Cómo exhibir este objeto? ¿Puede el público tomarlo, activarlo, quedar abierto al uso, puede generar otras acciones? La colección no lo permite, se exhibe dentro de una vitrina protegido del deterioro. El objeto exhibido adquiere un carácter sagrado y el traje de fieltro de Beuys se hace para los amantes del arte el equivalente a la tiara utilizada por el Obispo de Borgoña en la firma del acuerdo de Arrás, para los cristianos. Con la

colección de objetos y registros desaparece lo vivido, el calor o el olor, los sentimientos, las reacciones o comportamientos, y entonces la acción pasa a formar parte de una de colección individual callada o contada sin otro principio de orden o clasificación que el que puede ofrecer lo sentido.

Es sólo al decir colección que nos preguntamos, cuál es la nuestra y advertimos, por ejemplo, que Intervención Urbana Mérida en los 50, es una colección de edificios públicos, 15 en total de los cuales elegimos nueve que ahora poseen una ficha de identificación, de una acumulación de avisos publicitarios elegidos para hacer posible un programa de colección: “El guachimán”, una reinterpretación de El Vigilante, ahora diario de colección, trajes, música, películas, exhibidas a través del soporte de la acción y la instalación. Poseemos ahora estos edificios, los señalamos y los hicimos presentes aunque no los hayamos encerrado en una vitrina o en las paredes del museo. Es otra manera de coleccionar, de proyectarnos en ellos, de hacer menos limitado el acto de coleccionar.

En cuanto a las acciones, ellas se deciden, planifican, son y mueren al otro día con la mañana y la vuelta a la realidad, los objetos-instrumentos, mejor dicho, las cosas que quedaron, se guardan de la misma manera que se guardan los recuerdos. Todo ha muerto ya y los objetos pierden el interés inicial ante la perspectiva de otra acción que tendrá el mismo fin. Los objetos están allí, a veces se instalan como signo de lo sucedido, a veces cambian de espacio o se tornan juguete de alguno de los chicos o desaparecen definitivamente. Decoleccionamos por el contrario, cosas oídas pues no las anotamos, gestos que aprendemos por instantes, desorganizamos actitudes, repetimos palabras en desuso o mal dichas, trastrocamos pensamientos, alborotamos lo establecido, acumulamos lo inmaterial para no dejar constancia de nosotros mismos y violar la gran costumbre de coleccionar. ■